

**LOS PRECURSORES, capítulo primero de “Ideología Urbanística”, de
Fernando Ramón. (1ª edición, Madrid, 1986).**

Europa, finales del siglo XIX y principios del XX. La Ciudad del Pasado ha llegado a convertirse en la Ciudad Industrial Moderna, es decir, en un gran mercado de trabajo (donde, por cierto, la oferta se mantiene siempre por encima de la demanda). Invasada por el proletariado industrial, la Ciudad ha perdido su unidad hipotética, hace ya tiempo que ha dejado de ser un Burgo de burgueses, y ya no puede ser concebida como escenario de ninguna convivencia; la ciudad se ha convertido en el escenario de la lucha de clases. Pero lo que para unos no es más que una consecuencia más del sistema capitalista de producción y de la acumulación de capital, para otros es un fenómeno pasajero y reparable, sin necesidad de cambiar el sistema en cuestión. Las teorías que respaldan esta última postura y, sin embargo, nos prometen una ciudad vivible, si llegasen a ser puestas en práctica, constituyen lo que podemos calificar de primer brote de ideología urbanística coherente.

Es por entonces cuando tales teorías empiezan a hacer fortuna y, algunas de entre ellas, continúan aún hoy teniendo vigencia: son éstas las que, cada uno por su lado, independientemente, elaboraron Arturo Soria y Mata, en 1882 (a los treinta y ocho años), Camilo Sitte, en 1889 (a los cuarenta y seis), Ebenezer Howard, en 1898 (a los cuarenta y ocho) y Patrick Geddes, en 1910 (a los cincuenta y seis). Sólo Sitte, que era arquitecto, parecía, por su profesión, llamado a ocuparse del problema de las ciudades, aunque nunca se hubiera ocupado de ello anteriormente. Los otros tres (Soria había estudiado para ingresar en la Escuela de Ingeniería, Howard era taquígrafo del Parlamento Británico y Geddes había dirigido hasta entonces sus estudios hacia las Ciencias Naturales) no parece

sino que tuvieron una iluminación en un momento dado de sus vidas. Los cuatro, como tales urbanistas, fueron vocaciones tardías; y los cuatro pueden ser calificados de teóricos aislados. De todas maneras, son los primeros urbanistas merecedores del título.

1.1. ARTURO SORIA Y MATA, 1882

Mientras Europa se debatía en plena revolución industrial, la España de finales de siglo, bajo el peso de sus instituciones arcaicas, se había quedado tan rezagada que pudo parecerles posible, a aquellos que entonces se plantearon el porvenir, un **progreso** discriminativo que tomara del **Extranjero** sólo lo bueno: el sistema de producción, la concentración industrial capitalista, la revolución burguesa, frente a la que España se venía defendiendo desde hacía un siglo, no; pero sus productos, sí; entre ellos, los nuevos medios de comunicación y de transporte. Les resultaba fácil, a estos pensadores, el imaginarse una sociedad como la de entonces, feudal y monárquica, disfrutando de esos productos; imaginarse una ciudad como el Madrid de aquella época, de señores, criados y artesanos, disfrutando de los nuevos medios de comunicación y transporte. La capitalización que ello suponía no parecía constituir un problema grave: el sudor, las privaciones (y la sangre), a que esa capitalización por razones históricas, ha dado lugar, sólo nosotros, hoy en día, los conocemos. España ha pagado muy caro cada metro de ferrocarril, cada metro de pavimentación, cada metro de hilo de cobre, y por todo lo demás...

Pero volvamos a aquellos tiempos, a cuando don Arturo Soria, republicano, conspirador, viajero, espíritu ilustrado, planteó a sus conciudadanos el desarrollo lineal de Madrid, en una serie de artículos publicados por **El Progreso** en 1882 y 1883. Arturo Soria llegó a convencerse de que la raíz de todos los males en el mundo de entonces, estaba en la forma de las ciudades (él, que, sin embargo, creía que la forma era producto natural de la función, como buen darwinista, y no viceversa):

La raíz está en la forma de las ciudades. Ahí es preciso dar los golpes. Es menester que cada familia tenga su hogar completamente separado de los demás; un pedazo de terreno, por pequeño que sea, exclusivamente suyo, su parte de sol y de aire. vivan juntos el palacio del poderoso adornado de magníficos jardines, y la cabaña del pobre provista de modesta corraliza y engalanada con útiles plantas y perfumadas flores; pero no que vivan superpuestos.

Mientras esto no suceda, no habrá paz en el mundo. El infeliz obrero, condenado a vivir en estrechísimo recinto mal ventilado siempre, cuando no sucio y mal poblado por varias clases de parásitos, sufre, en las breves horas

que debiera destinar al esparcimiento de su ánimo y al descanso de su cuerpo, todas las molestias de la vida de la familia, sin experimentar apenas ninguno de sus goces. La casa le arroja de su seno. Es inevitable que tropiece en la taberna, para caer más tarde en el presidio. Y si, por ventura, es tan virtuoso y tan resuelto que se obstina en procurar la felicidad, perseguirá a tientas el bien por el camino de la asociación, lleno de fango a veces, enjuto y despejado otras, áspero siempre.

¿Qué pide, qué reclama imperiosamente la vida urbana?. Terreno barato y comunicaciones rápidas, frecuentes y económicas. Pues bien, a estas premisas condice lógicamente la ciudad lineal que bosquejaremos una vez más:

Una sola calle de 500 metros de anchura y de la longitud que fuese necesaria, entiéndase bien, de la longitud que fuera necesaria, tal será la ciudad del porvenir, cuyos extremos pueden ser Cádiz y San Petersburgo, o Pekín y Bruselas.

Póganse en el centro de esta inmensa cinta ferrocarriles y tranvías, cañerías para el agua, el gas y la electricidad, estanques, jardines y, de trecho en trecho, pequeños edificios para los diferentes servicios municipales, de incendios, de sanidad, seguridad y otros, y quedarán resueltos de una vez casi todos los complejos problemas que engendra la vida urbana de grandes masas de población.

Compre el Ayuntamiento los terrenos necesarios para la calle y edificaciones que la formen; revéndalos por módico sobreprecio y considere que, si hace treinta años hubiera adquirido los terrenos eriales que circundaban la población de entonces, le sobrarían hoy tantos millones como ahora necesita.

El entusiasmo mecanicista le lleva a afirmar:

... la principal ventaja consistiría en la transformación de los sentimientos y de las ideas de sus ciudadanos.

Entonces se advertiría la trascendencia de los derechos individuales.

Hablar ahora de inviolabilidad del domicilio al que carece de él y de respeto de la propiedad al que no posee el suelo que ocupan sus zapatos es aconsejar al hambriento que se cure la indigestión de su vecino¹.

¹ Arturo Soria y la Ciudad Lineal, Revista de Occidente, Madrid 1967, págs. 190-193. Exhaustiva e indiscriminada selección de textos sorianos, con una muy curiosa nota biográfica, a cargo del

La Ciudad Lineal que, al cabo de los años, llegó a plasmar no se hizo con dinero del Ayuntamiento, sino con capital particular. Y, en cuanto a “programa social” de la misma, lo único que cabe aducir es que había terreno a la venta de diferente precio, según estuviesen más o menos cerca de la vía longitudinal principal. Y, al mismo tiempo, Madrid –como cualquier otra ciudad de la época contemporánea– que, por entonces, empezaba a desarrollarse industrialmente, encontró una fórmula más cómoda, más segura y más expeditiva de enfrentarse con la aparición del proletariado industrial afluyente y el problema de convivencia clasista que ello representaba: segregarlo a los barrios obreros, a las afuera, con un mínimo de servicios. **La forma de las ciudades es el resultado fatal de la estructura de la sociedad que las ocupa.**

La Ciudad Lineal madrileña permanece, es hoy en día una de tantas “ciudades-jardín”, en decadencia a lo largo de una “vía de circunvalación” tronchada en su desarrollo. Su trazado, en lugar de orientarse radialmente como la teoría lo exigía lo está perimetralmente y, dada la poca densidad de construcción permitida por sus ordenanzas particulares, ha llegado a representar una barrera al desarrollo concéntrico de Madrid según unas densidades mucho más altas; barrera a cuyo socaire han podido desarrollarse otras ciudades jardín de poca densidad, pero a la que los poderosos intereses de la especulación del suelo han logrado abrir brecha por varios puntos (cruce de López de Hoyos en dirección a nuevos barrios, más allá, de alta densidad, por ejemplo).

Arturo Soria y Mata fue un hombre de empresa, de eso no cabe duda, pero, además fue un gran soñador; lo cual en una sociedad de capitalismo primitivo como la suya aún, podía ser compatible. Su sueño de 1882 lo puso en práctica en 1892. La historia de la **Ciudad Lineal** de Madrid es la historia de una empresa comercial; para ser más exactos, de un negocio familiar: el negocio de la familia Soria, y termina cuando ésta fue dispersada, con motivo de la Guerra Civil Española, en 1936.

La **Ciudad Lineal** no fue la obra de un grupo social coherente, ni de sus propios “ciudadanos”, asociados de alguna manera; fue la obra de “un español individualizador” como lo califica ahora su biznieto², de una voluntad férrea. La idea misma de la Ciudad Lineal es asocial en su entraña: permite adicionar sin pasar por etapa alguna de integración; se presta a la dispersión, la promueve incluso, sin ninguna consideración por la disociación que de todo ello pueda resultar:

La dignidad del ciudadano se afirma y robustece cuanto más aislado, independiente y libre es su hogar³.

biznieto del mismo nombre, y un estupendo estudio histórico del urbanismo linealista, al del Profesor George R. Collins.

² Op. cit., pág. 112.

³ Op. cit., pág. 245..

A diferencia de **urbanistas**⁴ posteriores, más o menos socialistas, que pretendieron absorber la plusvalía originada por el desarrollo mismo de la Ciudad dándola un empleo beneficioso para ésta y sus ciudadanos, como veremos al estudiar a Ebenezer Howard; Arturo Soria, por su parte, intentó levantar su **Ciudad** con capital por acciones, cuyos dividendos, por otra parte, llegaron a resultarles imposibles de pagar: el desarrollo de la operación no arrojó plusvalía alguna. De hecho, si la familia Soria llegó a ser mayoritaria, en 1896, del Consejo de Administración, lo fue como resultado de una crisis económica grave de la Empresa, a la que hubo que hacer frente con capital familiar. La **Ciudad Lineal** fue un negocio, pero un negocio ruinoso; y, si llegó a funcionar como agrupación urbana singular, y abundan los testimonios de que así fue⁵, ello se debió a la voluntad de su creador, por una parte, y a la fe que logró despertar entre sus familiares y amigos, por la otra, los cuales invirtieron y reinvertieron en el negocio, en la “idea”, hasta que, en 1936, salió el **cero** y la **Banca**, en un sentido figurado y real de la palabra, se lo llevó todo. De la plusvalía que hoy en día han llegado a alcanzar los terrenos de la **Ciudad Lineal**, ya no se beneficiarán aquellos “idealistas”, ni ningún otro, sino la Banca Urquijo, entre otras corporaciones, que pacientemente pueden esperar a que el Ayuntamiento de Madrid cambie de una vez las ordenanzas particulares de la zona y permita edificar con una densidad diez o veinte veces mayor de la que Don Arturo pudo soñar.

1.2. CAMILO SITTE, 1889

Volver a leer hoy en día el libro de Sitte supone una toma de conciencia de un fenómeno trágico, aunque sordo o silenciado: la progresiva desaparición de la vida cívica de nuestras ciudades. Casi hemos llegado a limitarnos a una sola causa, al discutir tal fenómeno: la aparición del automóvil; pero éste aún no había aparecido en tiempos de Sitte y la ciudad ya moría entonces como tal. La Ciudad que la burguesía medieval y del Renacimiento había levantado con tanto entusiasmo, la burguesía triunfante del siglo pasado veía ya sucumbir vertiginosamente, víctima necesaria de la nueva organización impuesta a la Sociedad por los nuevos sistemas de producción y de consumo.

A finales del siglo pasado, los profesionales responsables de la operación empezaron a sentirse molestos con el trabajo que les había sido encomendado. La

4 Soria es el primer urbanista que se califica a sí mismo de tal, dando a la palabra el sentido que ha llegado a tener.

5 Ninguno más conmovedor que el que suponen las palabras del poeta revolucionario español Miguel Hernández, en carta a su esposa, en la que esperaba que, “cuando todo termine”, podrían ir a vivir a una casita en la Ciudad Lineal. Cito de memoria, del libro de Elvijo Romero, que no tengo delante.

voz inconformista que entonces se elevó en nombre de la Ciudad, no en nombre de la Naturaleza o de la Higiene, sino en nombre de la misma Ciudad, ese dispositivo maravilloso de convivencia legado por el pasado heroico de la burguesía europea, fue la de Camilo Sitte. Su mensaje quedó recogido en un libro famoso, **Construcción de Ciudades según Principios Artísticos** (1889). En este libro, de cuya resonancia el mismo autor se sorprendió, libro sincero, aunque superficial y contradictorio, añorando tiempos pasados, con menos desgarramientos internos, frente a una parcelación geométrica “para que la venta por metros cuadrados pueda comenzar”⁶, ensalza aquellas antiguas disposiciones “que se formaban paulatinamente **innatura**”⁷:

Era mucho más favorable a la urbanización artística aquella vida que la nuestra, tan matemática, en la que el hombre se transforma virtualmente en máquina, habiéndose modificado no solamente en sus generalidades, sino también en detalles, los cuales exigen evoluciones en consonancia con la época.

Prácticamente, son las dimensiones gigantescas la tendencia de nuestras ciudades, rompiendo el marco de las artísticas formas antiguas. Cuanto mayor es la ciudad, tanto mayores y más anchas son sus calles, y plazas y tanto más altos y extensos los edificios, hasta que por sus dimensiones, sus innumerables pisos y ventanas, apenas pueden disponerse estéticamente. Todo tiende a lo inmenso y a la repetición de iguales motivos, restringiendo de tal modo la facultad de concepción, que sólo con extraordinarios esfuerzos puede algo alcanzarse.

Es esto asimismo irremediable; tanto el urbanizador como el arquitecto deben crearse una escala adecuada para ciudades de millones de habitantes. Con tan grande aglomeración en un punto, sube enormemente el valor del terreno y no está al alcance del propietario ni del municipio eludir sus consecuencias, por cuyo motivo en todas partes efectúan parcelaciones y aperturas mediante las cuales aun en los barrios antiguos lógranse más calles, aproximándose al sistema de manzanas. Esto depende, naturalmente, del valor del solar, el cual no es susceptible de alterarse por ordenanzas, y menos aún por razones estéticas. El urbanizador debe contar con estas contingencias como con fuerzas existentes, del mismo modo que el arquitecto con las leyes de la estética y resistencia, aunque vayan unidas a desagradables restricciones.

La parcelación regular considerada económicamente se ha desarrollado en tal manera que sus efectos son ya inevitables. No debemos, no obstante,

6 Construcción de Ciudades según Principios Artísticos, Camilo Sitte, traducción de la 5ª edición alemana por Emilio-Canosa, Editorial Canosa, Barcelona 1926, pág. 151.

7 Op. cit., pág. 64.

entregarnos ciegamente a merced de los métodos usuales, pues de este modo aniquílanse en masa las bellezas que resumimos en una palabra: **pintoresquismo**. ¿Dónde están en la parcelación regular esos típicos rincones de calles que aún nos encantan en el viejo Nüremberg y tantos otros, que van desapareciendo de año en año, por continuas demoliciones?.

El alto precio de los solares conduce a su más intensa explotación, que obliga a suprimir muchos nobles elementos, acercándose la edificación de cada parcela al arquetipo de nuestras manzanas. Resaltos, antepatios, escalinatas, loggias, torrecillas, etc., nos resultan un lujo inaccesible aun en edificios públicos, y sólo en su parte superior, en balcones y salientes, o en cornisas, puede el arquitecto moderno dejar volar su pegaso, pero de ningún modo abajo, en la calle, donde la alineación manda...⁸.

Sitte se enfrenta con lo que estaba ocurriendo con nuestras ciudades en nombre de un evolucionismo consciente e ilustrado. Sitte creía en el liberalismo y, como tantos otros de su tiempo, se apoya en el darwinismo para dar paso a sus asertos; cree que la Ciudad pueda alcanzar la **belleza** por una evolución progresiva no coartada por las ordenanzas (no llegó a ocuparse de **otros** aspectos de la Ciudad: el tomo II de su obra, **Construcción de Ciudades de acuerdo con Principios Científicos y Sociales**, no llegó a ver la luz, habiéndole sorprendido la muerte (1903)). Pero, al mismo tiempo, personaliza esta evolución enfrentándose a la gestión estatal; invoca la conciencia y la lucidez de sus contemporáneos y se pronuncia por cierto libre individualismo:

Las obras de arte no pueden crearse por comisiones ni oficinas, sino individualmente, y el plano de la ciudad, por deber producir un efecto artístico, es una de tantas.

Cualquier funcionario de una oficina técnica, merced a sus conocimientos o continuos viajes, así como a su innato sentimiento artístico y flexible fantasía, puede concebir un excelente plano de urbanización, y, sin embargo, reunidos todos, no lograrán realizar más que cosas faltas de vida y entusiasmo. El jefe, por un lado, carece de tiempo para resolver el asunto por sí, y sus empujados no pueden atreverse a normas administrativas. La ambición personal, la individualidad artística, el entusiasmo por una labor de la que se es responsable, no existen en un centro administrativo, donde serían hasta perjudiciales para la disciplina.

En la conclusión anteriormente citada, los arquitectos no debieran haberse limitado a lamentar el que los planos de ciudades fuesen ejecutados

⁸ Op. cit., págs. 127-129.

en los centros oficiales sin el concurso de otros elementos, sino que hubieran debido demostrar la posibilidad de una cooperación y sus principios de orientación.

No se habla de ello en parte alguna y se deja a la casualidad, que en tiempos antiguos produjera tantas bellezas. En este supuesto de que la casualidad podría hoy por sí misma crear nuevas bellezas, como en tiempos pasados, hay una enorme equivocación, pues no era casualidad o capricho de un solo hombre si antaño se produjeron bellas plazas y disposiciones urbanas cabalísimas sin plano de parcelación, sin concursos, sin administración alguna aparente, en un desarrollo paulatino, pues no era casual, el constructor no seguía su capricho, sino que todos inconscientemente seguían la tradición artística de la época, y ésta era tan segura que todo resultaba bien. El romano que construía su castro, sabía perfectamente cómo tenía que hacerlo y no pensaba en disponerle de otro modo que como de costumbre, pero en esta norma tradicional estaba ya contenido todo lo necesario para su comodidad y hermosura. Cuando más tarde el campamento se convertía en ciudad, se comprendía por sí mismo que ésta tenía que disponer de foro, y que en él debían erigirse los templos, los edificios públicos y las estatuas. Cada uno sabía dirigir y ejecutar hasta en los menores detalles, pues existía una norma tradicional que se adaptaba a las circunstancias locales. Así, pues, no era casualidad, sino la gran tradición de arte, viva en todo un pueblo, la que producía –aparentemente sin plano– las disposiciones urbanas. Lo mismo ocurría en la Edad Media y el Renacimiento⁹.

Sitte quería creer en el héroe moderno, que diera nueva vida a la Ciudad y, entonces, ésta volvería a ser algo parecido a lo que Venecia fue.

... la sede de una gran nación, de una gran fuerza del espíritu, del arte y de la industria, que dominó los mares, a la que sus bajeles traían los tesoros del mundo y que gozaba ostentándolos en aquel lugar bellísimo¹⁰.

Pero le resultaba difícil: las masas trabajadoras habían irrumpido en la Historia, los galeotes de aquellos bajeles inundan la Ciudad y la Burguesía se ve precisada a encerrarse dentro de los límites de su propiedad particular para, desde ahí, seguir dirigiendo. Dándose por vencido, Sitte pide, sin embargo, que en algún sitio de la ciudad se lleva a cabo una plaza semejante a las del pasado:

La mayor parte de los hombres tienen que dedicarse al trabajo, y allí la ciudad puede aparecer con su traje de diario. Pero algunas calles y plazas

9 Op. cit., págs. 147-148.

10 Op. cit., pág. 76.

principales debieran ostentar ropajes de gala, para orgullo y alegría de sus moradores, despertar el sentimiento de la patria, y la perenne formación de elevados y notables anhelos en la juventud, como acaecía en las ciudades antiguas, donde la gran multitud de calles laterales tampoco es de importancia artística, y sólo el viajero, con su estado especial de ánimo, las halla también hermosas, pues todo allí le agrada, Sometiéndolas a una imparcial crítica, quedan sólo pocas en las que –siguiendo su norma de utilización de recursos– agruparon cuanto les fue posible producir en obras de arte¹¹.

La calle se queda para el pueblo trabajador y, si no se satisfacen los deseos de Sitte, la plaza desaparecerá. La burguesía vivirá, de ahora en adelante, de puertas adentro:

Deberíamos convencernos de que en la urbanización es indispensable el arte, pues influye continuamente educando las masas populares, mientras que teatros y salas de concierto son sólo accesibles a las clases adineradas¹².

En todo caso, esas plazas “complacerían al viajero”. Como tantos otros a los que el médico aconseja viajar, Sitte se prescribió a sí mismo los viajes y, a falta de “Leika”, llevaba su cuaderno de apuntes. Hizo colección exhaustiva de planos de plazas, en Italia, en Alemania y en su propio país, Austria.

Cuando llegaba a una ciudad nueva y desconocida, pedía inmediatamente que lo llevaran a la plaza principal; allí preguntaba por la mejor librería, donde se informaba de tres cosas: la mejor torre para ver la ciudad, el mejor plano de la misma y el hotel donde mejor dieran de comer. Entonces, habiendo cortado el mapa en pequeños cuadrados, manejables aunque hiciera viento, se encaramaba a la torre mirador y se pasaba varias horas analizando el plano de la ciudad. Después estudiaba en detalle y croquizaba la plaza de la catedral, la del mercado y probablemente algún otro punto importante de la organización de la ciudad¹³. Esta actividad casi poética y un tanto mística dio lugar a un libro elegíaco lleno de referencias, pero del cual no puede esperar nadie ninguna sistematización científica. Los principios que se pueden entresacar del mismo son inconexos y contradictorios:

Las perspectivas deben ser cerradas...

11 Op. cit., pág. 111.

12 Op. cit., pág. 134.

13 Del artículo de George E. Hooker, “Camillo Sitte, City Builder”, en el Chicago Record Herald, 15.1.1904, con motivo de su muerte, pág. 6 (citado por George R. Collins en su libro Camillo Sitte and the Birth of Modern City Planning, Random House, New York 1965).

Pero las plazas deben ser públicamente accesibles. Los patios interiores no tienen sentido...

Los edificios singulares no deben estar exentos, y menos en el centro de las plazas (moda de entonces en la construcción de las nuevas iglesias)...

Y algunas consideraciones sobre el problema de la circulación rodada de la época (aún no había aparecido el automóvil) y sobre la dimensión de las arterias de circulación, que necesariamente nos resultan hoy completamente anacrónicas y hasta disparatadas.

Pero lo que en su época produjo más impacto en el público fueron todas esas disquisiciones sobre la irregularidad y el pintoresquismo, mostrándose tan pronto decidido partidario de aquélla, en contra de los trazos “a regla y compás”, como defendiendo una regularidad aparente: “... el recuerdo conservado de la Piazza de Santa María Novella de Florencia que, aunque es pentagonal, grábase en la memoria como cuadrangular...” O defiende la plaza de las irregularidades resultantes del trazado viario afluyente:

Antes, todos los ángulos oblicuos que pudieran causar impresión desagradable quedaban invisibles dentro de la superficie edificada. Hoy estas irregularidades se llevan a las plazas, pues al trazar los planos de una población síguese la norma de Baumeister de que “desde el punto de vista arquitectónico, una red de calles debe ante todo asegurar plantas cómodas a las construcciones, resultando, por tanto, los cruces rectangulares más ventajosos”. ¿Y dónde está el arquitecto que rehuya un solar irregular?. Será sin duda quien no haya pasado de los principios más elementales del trazado de plantas. Precisamente ofrecen estos solares, sin excepción, las más interesantes soluciones, y casi siempre también las mejores, no tan sólo porque motivan en el interior de la construcción parcelas irregulares, que se prestan casi siempre para toda clase de servicios y habitaciones accesorias –ascensores, escaleras de caracol, cuartos de desahogo, retretes–, lo que no es frecuente en disposiciones regulares. Basar la anterior hipótesis en ventajas arquitectónicas es completamente erróneo, y solamente puede ser aceptada por quienes desconocen la composición de edificios. ¿Es posible que toda la hermosura de calles y plazas se sacrifique a tan mezquino engaño?

Camilo Sitte no llega a plantear los verdaderos problemas en que la Ciudad se va hundiendo. Por ello no puede denunciar al verdadero culpable, frente al cual sigue descubriéndose respetuosamente: el sistema de propiedad del suelo. Los propietarios se atrincheran en sus casas y especulan con el terreno sobre el cual viven los demás. La Ciudad es un campo de especulaciones y nada más. Los problemas a plantear no tienen nada de estéticos y sí de sociales y económicos, y desde aquel entonces se han agudizado mucho más.

1.3. EBENEZER HOWARD, 1898

¿Puedo aventurar la opinión de que la idea de **green belt** (cinturón verde) no es más que una proyección a pequeña escala de la condición “insular” de los británicos?. La expresión, sin embargo, no es de Ebenezer Howard¹⁴, no aparece por ninguna parte en su libro; la suya es **agricultural belt** y con ella se refiere a algo cuya equivalencia nos resultaría difícil encontrar en los **green belts** de las modernas **New Towns** laboristas inglesas. Equivalente sin embargo, al **Cordón de La Habana**, ese Plan de la Cuba revolucionaria moderna: un anillo perimetral de 8 km. de profundidad, convertido en zona de producción agrícola, cultivada por los propios habaneros. No parece sino que la idea de Howard, para ser aceptada por la sociedad a que iba dirigida, tuvo que vaciarse de ciertos contenidos que parecían poner en cuestión los sistemas de producción, suministro y consumo existentes. El dio pie para ello, con el título mistificador de su libro, de todas maneras: **Garden Cities of To-Morrow**. Su introductor póstumo, Mumford, trata de acuñar una nueva expresión: **agricultural garden belt**. Puede que esta expresión está más de acuerdo con el sentido que para Howard tuvo el **belt** en cuestión, cuando en cabeza uno de sus capítulos con esta cita ruskiana:

... y, entonces, la construcción de más (viviendas), con decisión, con hermosura, en conjunto de dimensiones limitadas, a la escala del curso de agua que los cruce, y amurallados, de tal forma que desaparezcan de una vez los suburbios purulentos y miserables: dentro, calles limpias, fuera del campo abierto, con un cinturón de hermosos huertos y jardines rodeando las murallas...

(una descripción poética imaginativa del seno materno). Aunque Howard escribió su libro (1898) reinando Victoria, no era un inglés a gusto en el vientre de la Gran Bretaña: intentó, joven, hacer fortuna en América y, cuando tuvo que volverse, sin haberlo conseguido, no lo hizo como hijo desvalido al seno patrio, sino como hombre creador y fecundo. La revolución industrial estaba desgarrando la vida de

14 “Green Belt: palabra usada originalmente por Unwin, como sinónimo de Country Belt, usada posteriormente, para mayor confusión, refiriéndose a una estrecha faja de parque que, total o parcialmente, ciñe un área urbana. Park Belt sería una más adecuada.” (F. J. Osborn, prefacio al libro de Howard, *Garden Cities of To-Morrow*, pág. 27). Para Osborn, y para una confusión aún mayor, Country, Agricultural y Rural Belt son, sin embargo, sinónimos. Esta edición del libro de Howard es una edición de propaganda, y no sólo de las ideas de aquél; tampoco de aquellas y de las de la Town & Country Planning Association, exclusivamente; sirvió también de propaganda, en el momento de su publicación, de los supuestos principios implícitos en la gestión de las primeras New Towns inglesas, haciendo figurar, desde entonces, a Ebenezer Howard como el profeta socialista de las mismas. El Unwin a que se refiere Osborn fue el coplanificador, junto con Howard, de la primera Garden City, Letchworth; le cabe el honor de ser el reconocido promotor de la baja densidad urbana que asola Inglaterra, que no lo fue Howard: la densidad hipotética en su modelo es de unos 230 habitantes por hectárea; Unwin, por su parte (*Housing Gained by Overcrowding*, Town & Country Planning Association, London 1912), defiende una densidad máxima de 150.

sus compatriotas; pero no les propuso el volver a tiempos pasados o a la pureza original, sino crear entre todos nuevas estructuras, de acuerdo con las relaciones económicas existentes, en las que este mundo fuera más vivible.

No les propuso el cambiar las relaciones económicas, ni descubrió en ellas ningún principio de descomposición y cambio fatal, pero les describió detalladamente una forma de burlar su inexorabilidad: los campos habían sido abandonados por la gente y por el capital; agrupándose, se podría gestionar la compra de una extensión agrícola de 2.400 Has. (lo cual costaría unas 240.000 libras)¹⁵, tomando dinero prestado para ello, pagadero a un interés del 4 por 100. Habría que pagar una renta por el terreno de unas 9.600 libras, a 400 libras la hectárea, cuando en Londres se llegaban a pagar entonces hasta 75.000 libras por hectárea¹⁶. Parte del terreno dejaría de ser agrícola: 400 hectáreas se dedicarían a terreno urbano, el resto, 2.000 hectáreas, se arrendarían a explotadores agrícolas particulares. En un mercado libre, el precio teórico del terreno habría de subir, al pasar a ser urbano, y con ello la renta del mismo, pero de esta subida no habría de beneficiarse nadie en particular, sólo la comunidad de la nueva ciudad. Interés, amortización del capital y obras públicas se pagarían con las rentas que para tal fin se fijaran (del orden de 6 libras por casa, al año, además de lo que pagasen los agricultores y los industriales por el arrendamiento de terrenos)¹⁷.

Con estas previsiones, Howard elimina la especulación de terrenos, pero no se queda ahí: tiene que regular también el comercio, haciendo frente a posibles abusos monopolistas y, también, a la competencia desordenada, por el sistema que él llama de “opción local”: frente a posibles abusos monopolistas, la nueva ciudad se reserva el derecho de conceder en espacio en ese edificio central de uso múltiple que él llama “Crystal Palace”. cuando la Corporación lo estime oportuno, a un nuevo comerciante que se preste a competir, dentro de ciertos límites, con los existentes, y, además reduce el número de comercios en la ciudad a los estrictamente necesarios. (¿No es esto Keynesismo?).

Nos habla del alcoholismo, de las escuelas, de todo ello, concretando en la medida de lo posible. Y, aunque muy superficialmente, Howard toca también el problema del empleo (ya nadie se atrevería a hablar como lo hace él del trabajo y del salario): como única reacción frente a la explotación desahogada, nos ofrece el efecto que en el explotador puede obrar la repulsa moral que los ciudadanos opongan a las empresas que superexploten a sus obreros (a sus “sweaters”, sudadores), en el supuesto de que los obreros fueran “ciudadanos” a su vez. (Como nota significativa, que describe la estructura económica de Welwyn

15 Op. cit., pág. 50. Libras esterlinas de entonces. El salario semanal medio, a principios de siglo, era en Inglaterra de &1. 8s. El índice de precios era 1/7 de lo que es hoy (1969).

16 Op. cit., pág. 59.

17 Op. cit., págs. 50 y siguientes.

cuando alcanzó categoría de ciudad, en 1948: frente a 18.500 habitantes, trabajaban en sus fábricas nada menos que 8.000 obreros: los welwynianos acumuladores de capital colectivo ya explotaban a obreros de fuera).

Ahora bien, una vez conseguido el terreno, hay que construir sobre él; Howard descubre entonces que para hacer las 5.500 viviendas previstas son necesarias unas 165.000 libras, y es entonces cuando se ve precisado a engañarse a sí mismo, utilizando la teoría mercantilista a su manera; prevé que si, por ejemplo, un vecino consigue un préstamo de 200 libras del Banco Municipal para construir su casa, pagará con este dinero a los albañiles y demás obreros que intervengan en la construcción, los cuales comprarán bienes en la misma ciudad y, finalmente, el dinero volverá a las arcas de dicho Banco, el cual volverá a prestarlo¹⁸. Es un esquema bastante primitivo de una economía cerrada. Pero ¿y si, como sería lógico, esas 200 libras, en vez de pagar el trabajo de otros habitantes de la ciudad, pagaran el trabajo y los beneficios de una empresa constructora venida de fuera?. El Banco Municipal no volvería a oler tal dinero y, menos, podrá volver a prestarlo; tendría muy pocas posibilidades de subsistir. La ciudad, en su conjunto habría de recurrir para desarrollarse a nuevos préstamos de capital foráneo y esto, tal vez, fuera mucho pedir. En realidad, en cuanto a su construcción por lo menos, la ciudad tendría que desarrollarse dentro de los moldes de la economía capitalista existente y en ella llegarían a tener vivienda, y a gozar de sus parques “públicos”, los mismos felices mortales y en las mismas condiciones que en otra parte de la Nación hubieran podido conseguirla, con la sola diferencia de que el terreno les saldría más barato. Realmente, cuando en nuestros días el proletariado superexplotado de Lima organiza una de esas típicas ocupaciones de terreno cerca de la ciudad, en las faldas de las montañas cercanas para hacerse allí su casa, o cuando, sin ir tan lejos, de la noche a la mañana, aparece un nuevo conjunto de chabolas en una hondonada, cerca de Madrid, sus promotores son discípulos, sin saberlo, de Sir Ebenezer Howard y el resultado formal no puede ser más opuesto a lo que él pudo imaginar. Porque su mensaje no iba dirigido a este proletariado pobrísimo ni al proletariado depauperado y tísico del East End de Londres; era un mensaje que habría de ser recogido por aquellas familias que pudieran pagar 6 libras al año para gastos generales de la comunidad y a las que algún banco estuviese dispuesto a abrir un crédito para la construcción de su casa, si no es que ya ellas tuvieran ahorros suficientes; aquéllas, por otra parte, a las que había llegado a resultar inaguantable la convivencia en una misma ciudad con un proletariado miserable.

Howard se considera a sí mismo lúcido y realista; nos cita como contraste a un socialista utópico y característico, un tal Nunquam (seudónimo):

18 Op. cit., págs. 108 y siguientes.

... mandaría a los hombres a cultivar trigo y frutos, a criar ganado, para su propio uso. Desarrollaría la pesca y construiría grandes lagos y puertos para la cría piscícola. Entonces limitaría la minería, la fundición, la producción química y la industria a lo estrictamente necesario para el consumo de nuestro pueblo. Acabaría con el problema del humo desarrollando los recursos hidráulicos y la electricidad. Con este fin, entregaría al pueblo todas las tierras, los molinos, las minas, las factorías, los talleres, los almacenes, los bancos y los ferrocarriles¹⁹.

Pero es imperdonable, por otra parte, el que Howard, y con él casi todos los que de urbanismo se han ocupado, ignorasen o pretendieran ignorar el marxismo. **The housing question** habría sido publicado bastantes años antes (en 1872); las afirmaciones que en este libro hace Engels son bien realistas:

¿Cómo ha de resolverse el problema de la vivienda? En nuestra sociedad actual, tal y como cualquier otro problema social se resuelve; por el ajuste gradual de la oferta y la demanda, una solución que siempre reproduce el mismo problema otra vez y que, por tanto, no es solución. Cómo resolvería este problema la revolución social depende no sólo de las circunstancias particulares de cada caso, sino también de cuestiones de mayor alcance, entre las que una de las más importantes es la abolición de la antítesis entre ciudad y campo. Como no es nuestro papel el desarrollar sistemas utópicos para arreglar la sociedad futura, sería ocioso el tratar aquí la cuestión. Pero una cosa es cierta: hay ya suficientes edificios de viviendas en las grandes ciudades para remediar inmediatamente cualquier “escasez de vivienda”, usados racionalmente. Lo cual, naturalmente, no puede tener lugar más que por la expropiación de sus actuales propietarios y alojando en sus casas a los que no las tienen o a aquellos trabajadores que vivieran demasiado apretados en sus anteriores alojamientos. Tan pronto como el proletariado conquiste el poder político, tal medida, dictada en interés público, sería tan fácil de llevar a cabo como esas otras expropiaciones e incautaciones llevadas a cabo por el Estado existente²⁰.

Hay que deplorar el que las relaciones y las lecturas de Howard no le permitieran disponer de medios de análisis económicos y sociológico más científico. Así se ve obligado, demasiadas veces, a recurrir a la argumentación ética:

Pero se me podrá decir: ¿No está usted reconociendo, sinceramente, el auténtico peligro de que los intereses creados de la propiedad en este país, a los que tal programa amenaza indirectamente, se armen contra él y hagan

19 Op. cit., pág. 133.

20 F. Engels, **The Housing Question**, Martin Lawrence Ltd., London, sin fecha págs. 35-36.

imposible cualquier cambio según las leyes?. No lo creo, digo yo, por tres razones distintas: primero, porque esos intereses, que se dice forman una falange compacta frente a todo progreso, tendrían necesariamente que dividirse en campos opuestos. Segundo, porque los propietarios que no cederían ante coacciones del tipo esgrimido por algunos socialistas, estarían, sin embargo, mejor dispuestos a hacer concesiones cuando la lógica de los acontecimientos les hiciera comprender que ello supone un avance indudable hacia una sociedad superior; y, tercero, porque el mayor y más importante y, finalmente, el más influyente de todos los intereses creados –quiere decir el de aquellos que tienen que trabajar para vivir, sea con sus manos, sea con su cabeza tendrá necesariamente que brindarse al cambio, una vez su espíritu lo haya captado²¹.

En 1903 se fundó la ciudad jardín de Letchworth y en 1920 la de Welwyn, se acuerdo con las ideas de Howard.

En 1946 (*New Towns Act*), Inglaterra entera, administrada por los laboristas, recoge la iniciativa de Howard. El dinero para comprar el terreno y para construir sobre él lo adelanta el Exchequer de Su Majestad. El “Cinturón agrícola” se ha convertido en el llamado “cinturón verde”. Las *News Towns* son ciudades industriales, exclusivamente, para obreros bien pagados de un país superdesarrollado.

Al mismo tiempo, aquellos “purulentos y miserables barrios pobres (*slums*) victorianos han desaparecido prácticamente. Todo este proceso merece la pena de un estudio detallado, más adelante (capítulo III. 3). Los tiempos han cambiado, pero hay algo que la sociedad burguesa, en su supervivencia, pese a todos los cambios, deberá a Ebenezer Howard; dejémosle a él terminar este capítulo:

Mi proposición es que hay que llevar a cabo intento serio de organizar un movimiento migratorio de la gente desde nuestras ciudades congestionadas a diferentes distritos rurales dispersos: que no hay que desorientar al público ni gastar los esfuerzos de los organizadores de tal empresa en un intento prematuro a escala nacional, sino que todo el pensamiento y la atención hay que emplearlo primero en un movimiento limitado, pero lo suficientemente amplio para que resulte a la vez **atractivo** y fecundo: hay que garantizar a los emigrantes (tomando las disposiciones a propósito antes de que tal movimiento comience) el que la plusvalía del terreno, resultante de su inmigración al mismo, ha de revertir en su provecho; que todo ello puede llevarse a cabo creando una organización a propósito, la cual, permitiendo a sus miembros llevar a cabo aquello que estimen oportuno (sin perjudicar a terceros) habrá de recibir los impuestos y las rentas para realizar aquellas

21 Op. cit., pág. 147.

obras públicas que el movimiento migratorio haga necesarias o convenientes eliminando así los actuales arrendamientos y, por lo menos, reduciendo enormemente la necesidad de cualquier impuesto obligatorio.²²

1. 4. PATRICK GEDDES, 1910

Mil novecientos diez, unos años antes de la Primera Guerra Mundial, en Escocia, Patrick Geddes, científico polifacético, naturalista, sexólogo, sociólogo, admirador de Comte y Le Play, con todo ese bagaje cultural de desde su condición de intelectual de la burguesía edimburguesa, anuncia la buena nueva: un nuevo orden se acerca... (nadie se asuste: no es más que el **orden neotécnico**):

Su desarrollo es claro: primero, los adelantos consecuencia de los nuevos descubrimientos e inventos; luego, el aprovechamiento de los mismos a una escala cada vez mayor, con el correspondiente engrosamiento, en fuerza y en número, de las filas del capital y del trabajo. Con ello surge y se agudiza el conflicto de intereses entre ambos, haciendo aparecer al hombre del trabajo y al hombre del capital frente a frente y, ojalá, su posible reconciliación. Al mismo tiempo que la teorización político-económica –ortodoxa de una parte, socialista de la otra– va desarrollándose y, finalmente, esos intereses y esas doctrinas rivales se manifiestan en el campo de la política, encarnados en las personalidades de todos conocidas. Pero, mientras su argumentación acapara la atención pública, pasa desapercibido para aquellos mismos implicados en ello el que un nuevo orden –una segunda revolución industrial– está surgiendo otra vez, reclamando los cambios correspondientes en las teorías económicas vigentes y en su misma expresión²³.

Una nueva era industrial se abre. Tal y como, en la Edad de la Piedra, distinguimos, hoy, dos períodos, el Paleolítico y el Neolítico, en la “Era industrial” es necesario diferenciar dos fases, la “Paleotécnica” y la “Neotécnica”²⁴.

Bajo el orden paleotécnico, el trabajador, dirigido como está, igual que todos nosotros, por su educación tradicional, hacia el salario monetario, en lugar de hacia el Presupuesto vital (?), no ha tenido aún una casa adecuada, ni la mitad de lo que podría calificarse de una casa decente. Pero, cuando el orden neotécnico llegue –dirigidas sus capacidades en la vida, hacia la vida y

²² Op. cit., pág. 127.

²³ P. Geddes, **Cities in Evolution**, editado por Jaqueline Tywhitt, Williams & Norgate Ltd., London 1949, pág. 31.

²⁴ Op. cit., pág. 32.

por la vida—, como en todas las auténticas ciudades del pasado aristo-democratizadas en ciudadanos productivos, él, el trabajador, se pondrá a construir su vivienda y a planear la ciudad, e, incluso, a proyectar su centro cívico (city), todo ello a una escala semejante —si no superior— a la de las glorias pasadas de la historia. Pedirá y creará nobles calles y nobles casas, jardines y parques; y, antes de que pase mucho tiempo, monumentos, templos a sus renovados ideales, superiores a los del pasado²⁵.

Escribió un libro que se llamó **Evolución de las Ciudades**, en el que, sistemáticamente, expuso una serie de teorías relativas a la Ciudad y sus problemas, y dio origen a una manera de plantearse los, rehuyendo su carácter esencialmente político, que se ha hecho corriente, desde entonces, en los centros de estudios urbanísticos actuales y que si no ha contribuido lo más mínimo a resolverlos, siempre servirá para postergar los imperativos que un planteamiento realista impondría a los profesionales del urbanismo. Quiero decir que, una revolución industrial tras otra, de poco servirán tales teorías y que Geddes y sus compañeros pueden quedarse en su “Torre de Observación”, acumulando viejos planos y documentos de ciudades amuralladas, “seccionando valles” imaginarios e inventando nuevos nombres para nuevas ciencias de su uso particular.

El libro de Geddes fue publicado en 1915. No ha vuelto a ser publicado hasta 1949 (un un título ligeramente diferente, **Cities in Evolution**, y con varios apéndices que recogen otros aspectos de su pensamiento). Entre medias, dos guerras mundiales y la revolución bolchevique; el libro se escondió mientras tanto en las bibliotecas y Geddes era citado de oídas o a través de su discípulo predilecto, Mumford, avalando nuevas teorías y, sobre todo, como partida de bautismo de nuevas palabras: conurbación, orden paleotécnico, orden neotécnico, cacotopía, eutopía, etc., que son hoy corrientemente utilizadas sin precisar su significado, a falta de conceptos claros y distintos que puedan ser aceptados generalmente.

La utopía es indispensable al pensamiento social. El paso del orden paleotécnico al neotécnico no es más que el paso de la cacotopía a la eutopía —la primera no siendo más que el resultado del despilfarro de las energías con el solo fin de la ganancia personal, siendo la última el resultado de la conservación de las energías y de la organización del medio para el mantenimiento y desarrollo de la vida, social e individual, cívica y eugénica²⁶.

Pero no podemos reducir la categoría de un Geddes a la de aquellos que lo mientan en vano para respaldar sus vacuas elucubraciones. Geddes sabía muy

25 Op. cit., págs. 37 y siguientes.

26 Op. cit., pág. 38.

bien lo que se decía; lo que pasa es que, socialista convencido, trataba al mismo tiempo de convencerse a sí mismo de que el socialismo (a su orden neotécnico, y perdón por la palabra) se podría llegar por el convencimiento universal, de que los nuevos recursos descubiertos por la técnica no serían otra vez despilfarrados a beneficio particular de los poderosos. Era un reformista.

¿Cómo podemos exponer todo esto más concretamente?. Muy simplemente. Las alternativas materiales de la economía real, las cuales han sido oscurecidas por la obsesión de la ganancia monetaria, no son, en líneas generales, más que so, ambas hacia la realización de un ideal, el de la utopía. Son la paleotécnica y la neotécnica –hacia la cacotopía y hacia la eutopía, respectivamente. La primera ha predominado hasta ahora. Como paleotectas, ciframos nuestra aspiración máxima en extraer carbón, en hacer marchar las máquinas, en producir algodón barato para vestir económicamente a la gente, en extraer aún más carbón, en hacer funcionar más maquinaria, y así sucesivamente; todo ello para “ampliar mercados”. El conjunto se ha organizado esencialmente sobre la base de una “pobreza primaria” y una “pobreza secundaria” (para usar la acertada terminología de Mr. Rowntree), todo ello aliviado superficialmente por una capa de relativo confort y vivificado por algún premio y por unas pocas fortunas particulares –estimadas en oro (y, después, la muerte)–. Pero sin un desarrollo adecuado de la riqueza real, para empezar, de casa y jardines, y, menos aún, de ciudades y centros cívicos (cities) dignos de tener en cuenta: nuestra industria mantiene y multiplica nuestra pobre existencia. Nuestro trabajo diario paleotécnico pronto se disipa físicamente; pronto no queda de él más que cenizas y polvo, sea cual fuere nuestro salario monetario.

Es más, aunque hayamos producido así, exprimiendo los recursos de la Naturaleza y de la Raza, conurbaciones nuevas y completas, ciudades y falsos centros cívicos, aquéllas no serán, esencialmente, más que **slums** –slums, semislums o superslums– cada una, pues, una total cacotopía; y con ello la deteriorización humana correspondiente a tales ambientes. Dentro de este sistema de vida pueden darse (y se dan, de hecho) paliativos de diverso orden, pero que no afectan al conjunto.

La segunda alternativa, sin embargo, está abierta, y, felizmente, hace aparecer ahora sus comienzos por doquier –los del orden neotécnico naciente. En tanto que –con un vigor y una decisión semejantes a los que los paleotectas mostraron, una y otra vez, notablemente al advenimiento de la era de la máquina, de la era del ferrocarril y, ahora, de la era militarista– preparamos nuestras mentes, como más pronto o más tarde tendremos que hacerlo, para la aplicación de toda nuestra destreza constructiva, de nuestras energías vitales, hacia la conservación pública, en lugar de hacia la dilapidación privada, de los recursos, y hacia el desarrollo, en lugar de la

deteriorización de la vida de los demás, entonces nos daremos cuenta de que un orden de cosas semejante también “paga”, y tanto mejor puesto que lo hace en especie²⁷.

¿Dónde podemos descubrir los comienzos del orden neotécnico naciente?. En las primeras aplicaciones de la electricidad y en Noruega.

Desde esta pintura lastimera del resultado lógico de un conjunto de condiciones, volvamos la vista hacia las que están surgiendo al otro lado del Mar del Norte, junto a los inagotables torrentes de “hulla blanca”, inagotables en tanto gire la tierra, sus vientos soplen sobre los mares y permanezcan las montañas noruegas. Pues bien, en lugar de organizar ciudades como las nuestras al borde de estas inagotables fuentes de energía, lo que allí están haciendo es organizar cadenas de pequeñas ciudades, no pueblos, en las cuales la raza más fuerte prevalecerá, desarrollará y renovará el dominio de la Naturaleza y de la vida como en los tiempos pasados; por todas partes la destreza de sus antiguos gnomo-reyes, el poder del martillo de Thor. ¿No son éstas las condiciones para un nuevo fenómeno mundial y un nuevo impulso universal –una aristodemocracia noruega para la paz que puede llegar a eclipsar todas las antiguas hazañas, su vieja democracia doméstica e, incluso, ¿quién sabe?, su aristocracia de conquista y colonización entre pueblos viejos y desesperados²⁸.

Los “paleotectas”, sin embargo, no se dejaron convencer ni por Geddes ni por ninguna otra alma bendita y todas esas condiciones creadas por la aparición de la electricidad, del motor de explosión, de la aviación, de la dinamita, por la llamada Segunda Revolución Industrial, fueron empleadas en... una nueva Guerra, cosa que ya se temía Patrick Geddes:

De manera semejante, la guerra y sus preparativos se explican, podemos incluso decir: se hacen necesarios, por la filosofía aceptada y la psicología social de nuestras ciudades paleotécnicas, particularmente, de nuestras metrópolis. Primero, la guerra no es más que una generalización de la teoría corriente sobre la competición como factor esencial en el progreso de la vida. Pues si la competición, como se nos dice, es la vida del comercio, también será el comercio de la vida...

La filosofía paleotécnica es, pues, completa; y la competición en el comercio, en la naturaleza y en la guerra, triple, no ha frustrado a sus adoradores. Así es como la mente social, en dichas ciudades, sobre todo, pero, luego, en toda la nación, por la influencia de éstas, viene

27 Op. cit., págs. 38 y siguientes.

28 Op. cit., pág. 27.

caracterizándose y siendo dominada por un estado cada vez más profundo de terror difuso y habitual. Lo cual, además, es el resultado natural, la expresión psíquica inevitable, de ciertos males y peligros más reales, aunque no aquellos más comúnmente expresados.

Primero, los que se derivan de la ineficiencia y despilfarro de la industria paleotécnica, con su correspondiente inestabilidad e irregularidad de empleo, los cuales son sentidos cada vez más por aquellos a quienes conciernen; segundo, la correspondiente inestabilidad del sistema financiero, con sus ilusiones pecuniarias y de crédito, que ya empieza a ser sentida; y, tercero, la creciente debilidad física o decaimiento –incapacidad, en una palabra– que todos nosotros, más o menos sentimos en nuestra vida cotidiana paleotécnica, que, más y más nos obliga a acurrucarnos tras de nuestras defensas y a invocar a gritos un defensor²⁹.

Después, otra guerra aún más terrible. la técnica sigue progresando: el desarrollo de la electrónica, la energía atómica. Una tercera parte de la Humanidad ha dejado de adorar a Mammon; el resto, en tanto, a esperar el nuevo orden neotécnico, mientras prepara la Tercera Guerra Mundial. Negros nubarrones van acumulándose sobre nuestras cabezas. Mientras seguimos esperando.

... los lujos desaforados y superfluos pueden excusarse, incluso ser necesarios, psicológicamente, por la situación a que la vida paleotécnica nos tiene sometidos, careciendo de casi todos los elementos vitales de belleza o espiritualidad conocidos y valorados por la humanidad hasta ahora. Así, para tomar como ejemplo uno de los más significativos de nuestros lujos nacionales, el de llegar, más o menos, a emborracharnos, ha sido definido gráficamente, en un destello de ingenio, como la “manera más rápida de salir de Manchester”³⁰

29 Op. cit., pág. 41.

30 Op. cit., págs. 40-41.